

blo, adormilado allá lejos, en tinieblas, y le grita con énfasis:

—¡Ah, mala mujer! ¡Ya estás aviada! ¡Te aborrezco!

—¡Cállate!—dice el señor Lepic.—Después de todo, es tu madre.

—¡Oh!—contesta Zanahoria, recobrando sencillez y prudencia;—no lo digo porque sea mi madre.

EL ÁLBUM DE ZANAHORIA

I

Si un extraño se pone a hojear el álbum de fotografías de los Lepic, no deja de asombrarse. Ve a Ernestina, la hermana, y a Félix, el hermano mayor, en distintas posturas: en pie, sentados, bien vestidos o a medio vestir, alegres o enfurruñados, sobre ricos fondos.

—¿Y Zanahoria?

—Tenía retratos suyos de cuando pequeño—contesta la señora de Lepic;—pero estaba tan guapo, que me los arrebató.

ban, y no he podido quedarme ni siquiera con uno.

La verdad es que a Zanahoria nunca le han *sacado*.

II

Hasta tal punto se llama Zanahoria, que la familia titubea cuando trata de acordarse de su verdadero nombre de pila.

—¿Por qué le llaman Zanahoria? ¿Por el pelo amarillo que tiene?

—¡Más amarilla tiene aún el alma!—dice la señora de Lepic.

III

Otras señas particulares:

La cara de Zanahoria no previene mucho, que digamos, en favor suyo.

Zanahoria tiene los agujeros de la nariz como toperas.

Zanahoria tiene constantemente, aun después de una limpia, cortecitas de pan en las orejas.

Zanahoria chupa la nieve hasta que se le derrite en la lengua.

Zanahoria, al andar, se roza los tobillos, y tiene tal porte, que se le pudiera tomar por jorobado.

El cuello de Zanahoria está cubierto de una mugre azul, a manera de collar.

Por último, Zanahoria tiene un paladar muy raro y no percibe el olor del almizcle.

IV

Es el primero en levantarse, al mismo tiempo que la criada. En las mañanas de invierno se tira de la cama antes de que

amanezca, y mira la hora con las manos, tocando las del reloj con la punta de los dedos.

Cuando el café y el chocolate están hechos, prueba un poco de chocolate o de café metiendo el dedo gordo.

V

Cuando le presentan a alguien, vuelve la cabeza, tiende la mano de medio lado, pone cara de aburrido, dobla las piernas y araña la pared.

Y si le preguntan:

—¿Me das un beso, Zanahoria?

Contesta:

—¡Psch! ¡No vale la pena!

VI

LA SEÑORA DE LEPIC

Zanahoria, cuando te hablen, contesta.

ZANAHORIA

Bbbuenooo, maumau.

LA SEÑORA DE LEPIC

Me parece que te he dicho ya que los niños no deben hablar nunca con la boca llena.

VII

No puede menos de estar siempre con las manos en los bolsillos. Y por mucho que se apresure a sacarlas en cuanto se

acerca la señora de Lepic, siempre llega tarde. Su madre no va a tener más remedio que coserle los bolsillos con las manos dentro.

VIII

—Aunque te hagan lo que te hagan—le dice padrino en tono amistoso,—no está bien que mientas. Es un defecto feísimo, y además inútil, porque todo llega a saberse.

—Sí—contesta Zanahoria;—pero se gana tiempo.

IX

El perezoso Félix, el hermano mayor, acaba de terminar sus estudios con penas y fatigas.

Estirándose, lanza un suspiro de satisfacción.

—¿Qué aficiones tienes?—le pregunta el señor Lepic.—Has llegado a la edad en que tu vida tiene que decidirse. ¿Qué vas a hacer?

—¡Cómo! ¿Más aún?—dice Félix, el hermano mayor.

X

Juegan a juegos de prendas.

La señorita Bertá «se queda».

—Porque tiene los ojos azules—dice Zanahoria.

Exclamaciones:

—¡Muy bonito! ¡Vaya un poeta galante!

—¡Psch!—contesta Zanahoria.—¡Ni siquiera se los he mirado! Lo digo como hu-

biera podido decir otra cosa. Es una fórmula convencional, una figura retórica.

XI

En las batallas a pelotazos de nieve, Zanahoria forma partido él solo. Le temen y su reputación está muy extendida, porque mete piedras en las bolas.

Apunta a la cabeza: es más breve.

Cuando hiela y los otros se dejan resbalar, Zanahoria se hace un resbaladero aparte, a un lado del hielo, en la hierba.

En el juego del paso, prefiere quedarse de una vez para todas.

En el marro, se deja coger todas las veces que quieren, porque la libertad le tiene sin cuidado ninguno.

Y al escondite, se esconde tan bien, que le dejan olvidado.

XII

Los niños se miden.

Félix, el hermano mayor, fuera de concurso, a ojos vistas, les lleva a los otros dos la cabeza. Pero Zanahoria y Ernestina, la hermana, con no ser más que una chica, tienen que ponerse uno junto a otra. Y mientras que la hermana, Ernestina, se empina sobre las puntas de los pies, Zanahoria, deseoso de no contrariar a nadie, hace trampa y se agacha ligeramente, para añadir un ápice a la ilusioncilla de diferencia.

XIII

Zanahoria da este consejo a la criada Águeda:

—Para llevarse bien con la señora de Lepic, háblele mal de mí.

Pero hay un límite.

La señora de Lepic no consiente que nadie más que ella toque a Zanahoria.

Como una vecina se permitiese amenazarle, la señora de Lepic acude, se irrita y liberta a su hijo, radiante ya de gratitud.

—¡Y ahora, vamos a vernos las caras! —le dice su madre.

XIV

—¡Mimol! ¿Qué quiere decir eso?—pregunta Zanahoria a Periquito, tratado con excesivo regalo por su madre.

Y cuando se lo explican por alto, exclama:

—Yo lo que quisiera es ir picando en

una fuente de patatas fritas con los dedos, y chupar medio melocotón por la parte del hueso.

Luego reflexiona:

--Si la señora de Lepic se me comiese a besos, empezaría por la nariz.

XV

A veces, cansados de jugar, Ernestina, la hermana, y Félix, el hermano mayor, prestan con gusto sus juguetes a Zanahoria, que, participando así un poco de la felicidad de todos, labra modestamente la suya.

Y nunca da muestras excesivas de satisfacción, temeroso de que vuelvan a quitárselos.

XVI

ZANAHORIA

¿De modo que no me encuentras las orejas largas?

MATILDE

Te las encuentro graciosas. ¿Me las quieres prestar? Me gustaría llenarlas de arena para hacer pasteles.

ZANAHORIA

¡Bien cocidos quedarían, si mamá se encargaba de encendérmelas primero!

XVII

—¿Te estarás quieto? ¡He de seguir oyéndote! ¿De modo que quieres más a tu pa-

dre que a mí?—dice ahora y luego la señora de Lepic.

—Ya no me muevo, no digo nada, y te juro que no quiero más a uno que a otro—contesta Zanahoria con su voz interior.

XVIII

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Qué estás haciendo, Zanahoria?

ZANAHORIA

No sé, mamá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Eso quiere decir que estás haciendo otra tontería. Conque ¿lo haces a propósito?

ZANAHORIA

¡No faltaba más!

XIX

Como se figure que su madre le sonríe, Zanahoria, halagado, se sonríe también.

Pero la señora de Lepic, que no se sonreía más que consigo misma, en vago, pone de pronto cara de vinagre.

Y Zanahoria, desconcertado, no sabe dónde meterse.

XX

—Zanahoria,  quieres re rte con finura, sin armar ruido?—dice la señora de Lepic.

—Cuando uno llora, hay que saber por qué—agrega.

Y también dice:

— Qu  le voy a hacer? Ni siquiera vier-te una lágrima cuando le dan un bofet n.

XXI

Otras cosas que dice:

—Si hay una mota en el aire, una porquería en el suelo, para él son.

—Cuando se le mete una idea en la cabeza, no se le pone en otra parte.

—Tan orgulloso es, que se suicidaria por hacerse el interesante.

XXII

En efecto: Zanahoria intenta suicidarse en un cubo de agua fresca, dentro del cual mantiene heroicamente la nariz y la boca, cuando un coscorr n derriba el cubo, echándole el agua en las botas, y vuelve a Zanahoria a la vida.

XXIII

Tan pronto la señora de Lepic, hablando de Zanahoria, dice:

—Es como yo; no tiene malicia, tonto más que malo, y demasiado simplón para inventar la pólvora,

como se complace en reconocer que si los cochinitos no se le comen, será, con el tiempo, un personaje.

XXIV

—Si alguna vez sueña Zanahoria—me trajesen los Reyes, como a mi hermano Félix, un caballo de cartón, me montaba en él y me las guillaba.

XXV

Fuera, Zanahoria, para demostrarse a sí mismo que todo le importa un rábano, silba. Pero la presencia de la señora de Lepic, que le seguía, le corta el silbido. Y es tan doloroso como si le rompiera entre los dientes un silbato de a perra chica.

Sin embargo, hay que convenir en que, cuando tiene hipo, no hace ella más que presentarse, y se le quita.

XXVI

Sirve de lazo de unión entre su padre y su madre. El señor Lepic dice:

—Zanahoria, a esta camisa le falta un botón.

Zanahoria le lleva la camisa a la señora de Lepic, que dice:

—¿Necesito que tú me lo mandes, monigote?

Pero coge la cesta de la costura y pega el botón.

XXVII

—Si no fuera por tu padre—exclama la señora de Lepic,—hace ya mucho tiempo que me hubieras dado un golpe malo, que me hubieras clavado ese cuchillo en el corazón, para quitarme de en medio.

XXVIII

—¡Suénate las narices!—le está diciendo la señora de Lepic a cada momento.

Zanahoria se suena, incansable, por el

lado del dobladillo. Y se suena mal, y rectificada.

Cierto que cuando se acatarra, la señora de Lepic le pone un encerado, untándole hasta el punto de dar celos a Ernestina, la hermana, y a Félix, el hermano mayor. Pero en seguida añade, sólo por él:

—Más de bueno que de malo hay en esto. Sirve para desenredar los sesos de la cabeza.

XXIX

Como el señor Lepic le está haciendo rabiarse desde por la mañana, Zanahoria le suelta esta enormidad:

—¡Déjame en paz, imbécil!

Al punto le parece que el aire se hiela en torno suyo y que tiene en los ojos dos fuentes abrasadoras.

Balbucea, dispuesto a hundirse en el suelo a una señal.

Pero el señor Lepic le mira despacio, despacio, y no hace la señal.

XXX

Ernestina, la hermana, va a casarse pronto, y la señora de Lepic le permite salir de paseo con su novio, encargando a Zanahoria de la vigilancia.

—¡Anda delante—dice ella,—y estira las piernas!

Zanahoria pasa delante. Se esfuerza por estirar las piernas, anda leguas de perro, y si se descuida y no aligera, oye, a pesar suyo, besos furtivos.

Tose.

Aquello le saca de tino, y de pronto, al descubrirse ante la cruz del pueblo, tira

al suelo la gorra, la aplasta con los pies, y exclama:

—¡A mí nadie me querrá nunca!

En el mismo instante la señora de Lepic, que no es sorda, surge detrás de la tapia, con la sonrisa en los labios, terrible.

Y Zanahoria añade con desesperación:

—¡Excepto mamá!

FIN